

Mística Y misión

Por P. JESÚS ESPEJA, dominico



1

Por “mística” entiendo aquí una fuerza interior que impulsa dando brío y coraje; apasionamiento por una causa; tiene mucho que ver con el amor, esa “divina manía” que continuamente nos saca de nosotros mismos manteniéndonos jóvenes y siempre disponibles. Cuando esa causa u objetivo son el evangelio de Jesucristo -que todos los seres humanos somos una sola familia y juntos debemos buscar la felicidad de todos- hablamos de mística cristiana.

“Misión” originariamente significa envío para realizar una tarea. Esta puede ser marcada desde fuera, y nosotros la cumplimos por obediencia, como unos mandados. Pero también puede surgir como imperativo desde dentro de uno mismo. Cuando se ama de verdad, espontáneamente la existencia entera se proyecta y realiza como expresión y vehículo del amor. La misión que personaliza brota de la mística. Para proclamar de verdad el evangelio del amor, del perdón y la paz cuando uno se siente amado, perdonado y pacificado.

2

Cuando el 25 de enero de 1959 Juan XXIII anunció el concilio, le preguntaron qué pretendía con él; contestó abriendo de par en par una ventana: “un poco de aire fresco”. Aquel creyente sencillo y profundo gustaba la benevolencia de Dios a favor de todos los seres humanos, y vibraba por transmitir esa buena noticia. Treinta años después Juan Pablo II publicó un precioso documento sobre la misión. En él recuerda la mística de Pablo: “predicar el evangelio es para mi un deber que me incumbe ¡ay de mi si no evangelizare!”; y comenta: “desde el comienzo de mi pontificado he tomado la decisión de viajar hasta los últimos confines de la tierra para poner de manifiesto la solicitud misionera”.

Sus innumerables viajes para llevar el evangelio a un mundo complejo y confuso fueron la expresión de una mística, una profunda experiencia cristiana similar a la que hizo surgir en Juan XXIII la idea de convocar un concilio: abrir las ventanas para que la Iglesia se renueve dejándose interpelar por el mundo y ofreciendo el evangelio de modo adecuado a la situación de los seres humanos. Entre estos papas fue muy significativo para la Iglesia y para el mundo el ministerio de Pablo VI. También él gustó en su corazón el encuentro personal con el “Dios de los hombres” revelado en Jesucristo y, animado por esa mística, en 1975 publicó un documento señero sobre la evangelización, donde formula serios interrogantes a todos los cristianos: “¿predican lo que creen?

¿viven lo que predicán?”. Mística y misión no son separables. Todos pudimos ver esa vinculación en las últimas imágenes donde Juan Pablo II, ya limitado por sus propias ruinas físicas, seguía pensando en reunirse de nuevo con los jóvenes para transmitirles la experiencia evangélica que siempre le llevó más allá de sus límites y más allá de toda organización eclesial: “¡ay de mi si no evangelizare!”

3

Teniendo delante y siendo precedidos por esos testigos, uno mira con amor a la Iglesia evangelizadora en Cuba. Hay buenos deseos, se hacen proyectos y programas, se convocan reuniones y se formulan buenos propósitos; se recomienda que los seglares cristianos participen activamente, lanzamos carteles anunciando el año de la misión y hasta podemos celebrar congresos con el tema, de donde salgan algunas conclusiones. Todo eso puede ser conveniente, pero en un supuesto: que los cristianos respiremos la “mística”, la experiencia personal de Dios y de su proyecto para la humanidad, revelado en Jesucristo.

Cuando el hombre moderno valora con tanto entusiasmo su autonomía y su libertad, la última palabra y la garantía del futuro no está en la fuerza de las instituciones ni en una organización muy bien tramada, sino en la experiencia personal. Ya refiriéndonos a la Iglesia, toda ella evangelizadora pues se constituye en la misión, la garantía más firme de futuro no está en la buena organización ni en la férrea disciplina impuesta desde arriba, sino en la fe “experimentada”, valga la palabra con perdón del diccionario. Pasar de creer que se cree, a creer, a encontrarnos personalmente cada día y cada instante con Jesucristo, verdadero Dios inseparable de la humanidad. Sin una buena catequesis y espiritualidad auténtica, una vida vivida con el espíritu de Jesucristo, la Iglesia, el cristianismo no tendrá futuro.

Los tres últimos papas que pasaron ya las barreras de la esperanza son para nosotros auténticos seguidores de Jesucristo. En ellos la mística fructificó en apasionamiento por la misión: “hemos creído y por eso hablamos”. Que sean un signo para el camino que debemos seguir los cristianos en Cuba.